

La Comédiathèque

El último cartucho

Jean-Pierre Martinez

comediatheque.net

**Este texto puede leerse y descargarse gratuitamente.
Toda representación pública, profesional o amateur, incluso gratuita,
requiere autorización previa y el pago de los correspondientes derechos de
autor. Solicitar autorización:
<https://jeanpierremartinez.net/es/contacto/>**

El último cartucho

Jean-Pierre Martinez

Un dramaturgo que está en las últimas recibe a una periodista para una entrevista que podría relanzar su carrera. Pero en el teatro las apariencias engañan a veces...

Personajes:

Autor
Visitante

*Ambos personajes pueden ser interpretados por hombres o mujeres.
Repartos posibles: dos hombres, un hombre y una mujer, dos mujeres.*

Un salón desordenado. Una luz irreal. Música inquietante. Dos personajes (los intérpretes que actuarán a continuación en la obra) parecen esperar, a ambos lados de una maleta.

Uno – ¿Cree que vendrán?

Dos – ¿Quiénes?

Uno – ¡La gente!

Dos – ¿La gente? Querrá decir el público...

Uno – ¡Los espectadores, vamos!

Dos – Ah, sí, los espectadores...

Uno – No podemos actuar si no hay espectadores.

Dos – Pues no... De hecho, por eso no actuamos.

Uno – Entonces, estamos de acuerdo en que no actuamos, ¿verdad?

Dos – ¿Usted está actuando?

Uno – No...

Dos – Pues eso digo. No vamos a actuar si no hay nadie.

Uno – Bueno... ¿Y qué hacemos aquí, entonces?

Dos – ¿Y quiénes somos?

Uno – Nadie...

Dos – Somos dos personajes en busca de espectadores.

Una pausa.

Uno – ¿Y por qué no iban a venir?

Dos – Ya sabe cómo son los espectadores... Siempre tienen una buena excusa para no ir al teatro.

Uno – Tiene razón. Para eso nunca les falta imaginación.

Dos – Hay huelga de transportes...

Uno – Estamos en pleno puente festivo...

Dos – Hay un partido en la tele...

Uno – Acaba de haber un atentado...

Dos – Podría haber un atentado...

Uno – Hace demasiado buen tiempo; preferimos salir a pasear...

Dos – Hace un tiempo horrible; preferimos quedarnos en casa...

Uno – No la recomienda la crítica, así que no voy.

Dos – La recomienda la crítica, así que tiene que ser un rollo.

Uno – Es carísimo; prefiero ir al cine.

Dos – Es casi gratis; seguro que es malísimo.

Uno – Me habría encantado ir, pero tengo una boda.

Dos – Un entierro.

Uno – Un bautizo.

Dos – Una primera comunión.

Uno – La religión siempre le ha hecho mucho daño al teatro.

Dos – Para encontrar una buena coartada nunca se quedan sin ideas.

Uno – Porque para lo demás...

Una pausa.

Dos – Y eso que tampoco pedimos tanto.

Uno – No aspiramos a llenar un palacio de deportes.

Dos – Pero una sala pequeña como esta...

Uno – Aunque fuera media sala.

El segundo personaje parece advertir la presencia del público.

Dos – ¿Y esos quiénes son?

Uno – ¿Dónde?

Dos – Ahí, en la oscuridad.

Uno – No veo nada.

Dos – Allá, al fondo.

Uno – ¡Ah, tiene razón! Ni siquiera los he visto entrar...

Dos – Yo tampoco...

Uno – Es que hemos perdido la costumbre.

Dos – ¿Se da cuenta? ¡Han venido de todas formas!

Uno – No son muchos, pero han venido.

Dos – Han desafiado las huelgas, el mal tiempo, las críticas...

Uno – Habría que darles una medalla.

Dos – Es verdad. Son unos héroes.

Uno – Sí... Si lo llegamos a saber...

Una pausa.

Dos – ¿Y ahora qué hacemos?

Uno – ¿Cómo que qué hacemos?

Dos – ¡Ahora que ya están aquí los espectadores! Tendremos que hacer algo.

Uno – Es que yo no he preparado nada. ¿Y usted?

Dos – Yo tampoco.

Uno – No nos lo esperábamos.

Dos – Ha sido tan de repente...

Uno – Ya habíamos perdido la esperanza...

Dos – Después de tanto tiempo...

Uno – También es culpa suya...

Dos – Podrían habernos avisado.

Uno – Uno no se presenta en el teatro así, sin avisar.

Dos – Eso no se hace.

Una pausa.

Uno – Quizá alguno haya reservado.

Dos – ¿Usted cree?

Uno – Es posible.

Dos – Sí, pero ¡a nosotros no nos dicen nada!

Uno – Si no tenemos nada que enseñarles, se llevarán una decepción.

Dos – Y tendrán otra buena excusa para no volver la próxima vez.

Uno – Podríamos... no sé...

Dos – Podríamos cantarles algo.

Uno – ¿Usted sabe cantar?

Dos – Sí... Pero no conozco ninguna canción. ¿Y usted?

Uno – Sí, conozco canciones.

Dos – Pues adelante.

Uno – Conozco canciones... pero no sé cantar.

Una pausa.

Dos – Empiezo a pensar que quizá hicimos mal en venir...

Uno – Tiene razón... Nosotros también tendríamos que haber buscado una excusa para no venir.

Dos – Por ahora, lo mejor será que hagamos las maletas.

El otro mira a su alrededor y descubre la maleta.

Uno – Pues tenemos una. ¡Hagámosla y larguémonos!

Empiezan a marcharse a escondidas, llevándose uno de ellos la maleta.

Oscuro.

El mismo salón desordenado. Un hombre (o una mujer) dormita en un sillón. Suena el teléfono y lo saca de su letargo. Descuelga como un sonámbulo.

Autor (de mal humor) – ¡Diga! (Sin dar tiempo a escuchar la respuesta.) Me va a decir que se ha cancelado la cita, ¿verdad? (Despejándose un poco.) ¿Del banco? (Suavizando el tono.) Ah, perdón. Es que estoy esperando a un periodista para que me entreviste y... Sí, ya sé que tengo un pequeño descubierto... ¿Grande? Bueno, digamos mediano... Tampoco vamos a discutir por las palabras... No se preocupe, precisamente me disponía a salir para ingresar un cheque que acabo de recibir... Sí, un anticipo por mi próxima obra... ¿Va usted al teatro alguna vez? No, claro, eso no viene al caso... Oiga, se oye fatal... Ah, creo que llaman al timbre, debe de ser el periodista... Sí, ya le llamaré... Ahora ya no le oigo absolutamente nada... No voy a tener más remedio que colgar...

El autor cuelga y suspira. Sale lentamente del sopor y se levanta. Va bastante desaliñado, tanto de aspecto como de ropa.

Autor (al público) – ¿Ser o no ser...? Shakespeare tenía razón: esa es la cuestión. Al menos es lo que me pregunto yo cada mañana al mirarme al espejo. (Puede dirigirse a alguien joven entre el público.) Cuando uno es joven y guapo, la respuesta, evidentemente, no ofrece dudas. Pero a partir de cierta edad... ¿Ser o DEJAR de ser...? Créanme, esa es la verdadera cuestión. Y, por desgracia, la respuesta suele ser... que no se puede ser y haber sido. Y eso no lo escribió Shakespeare... Es la triste realidad, ya lo verán. Claro que uno siempre puede consolarse pensando: «Pienso, luego existo». ¡Sí, hombre! No sé cuánto consuela eso a los viejos que ya no pueden hacer otra cosa que pensar. Y, para empezar, ¿pensar en qué? ¿En mi pasado nada simple? ¿En mi presente muy imperfecto? ¿En mi futuro francamente condicional? ¿Seguir siendo o dejar de ser autor teatral? Para mí, esa es la cuestión... Un consejo: no se hagan nunca dramaturgos. Yo me dediqué a esto porque no sabía hacer absolutamente nada más. Pero si tienen la menor habilidad, háganse maestros de escuela o prostitutas. En fin... Busquen una profesión que puedan ejercer a tiempo completo toda la vida. ¿Saben cómo llaman a los actores? Intermitentes. Es decir, que profesionalmente solo existen a intervalos. Pues a los dramaturgos les pasa lo mismo. Un actor que no actúa ya no es exactamente un actor. Y un autor que no escribe ya no

es autor. Seguro que el gran Shakespeare pensaba en eso cuando escribió «ser o no ser». Debía de haberse quedado sin inspiración, como yo ahora mismo. Bueno, lo de «ahora mismo»... Llevo así bastantes años. *(Una pausa.)* Qué extraño, he tenido un sueño rarísimo. Estaba en el escenario con otro actor. La sala estaba vacía. Nos preguntábamos si vendría alguien. Y de pronto nos dábamos cuenta de que la sala estaba llena. Lo terrible era que... no teníamos nada que representar. Seguro que el autor no había encontrado una sola idea para escribir la obra. Para un autor, el horror a la página en blanco es como para un actor el miedo a quedarse en blanco. ¡Es dramático!

Suena un timbre. Vacila un momento. Se mira en un espejo, se arregla un poco la ropa y se pasa el peine. Vuelve a sonar el timbre.

Autor – ¡Sí, sí, ya voy...!

Por fin se decide a abrir. Regresa poco después seguido de una mujer (o un hombre) más joven, con ropa moderna y aspecto mucho más saludable.

Visitante – Muchas gracias por recibirme, señor Ultralíneas.

Autor – Entrelíneas.

La visitante mira, sorprendida, el desorden de la habitación.

Visitante – ¿Cómo dice?

Autor – No Ultralíneas. Entrelíneas. Carlos Entrelíneas. Así me llamo. Creía que por lo menos eso lo sabría...

Visitante – Por supuesto, disculpe. Supongo que será un seudónimo.

Autor – No. ¿Por qué?

Visitante – No sé... Entrelíneas, para un escritor... En ese caso, si me permite, es un nombre predestinado.

Autor – Cuando elija un seudónimo, me llamaré Ultratumba. Al menos así mis memorias se venderán bien.

Visitante – Ah, claro... *(Lo mira con cierta inquietud.)* Espero no haberle despertado...

Autor – ¿Despertarme? ¡En absoluto! ¿Qué le hace pensar que podría haberme despertado?

Visitante – Pues no sé, yo...

Autor – Por cierto, ¿qué hora es?

Visitante – Lo siento, no llevo reloj.

Autor – Con razón llega tarde.

Visitante – ¿Tarde? Pero... ¡si ni siquiera sabe qué hora es!

Autor – Se nota que es periodista... Siempre tiene respuesta para todo. Bueno, ¿vamos a hacer la entrevista o no? No tengo todo el día.

Visitante (*entre dientes*) – Como usted diga...

Autor – ¿Perdón?

Visitante – No, decía que... ¡Sí, adelante! Para eso estamos aquí, ¿no?

Autor – Además, puede considerarse afortunada. Nunca concedo entrevistas.

Visitante – ¿Se las piden a menudo?

Autor – Ahora menos, es verdad. Pero cuando me las pedían, también me negaba.

Visitante – Entiendo...

Autor – Es usted de las que creen que la virtud de las mujeres es inversamente proporcional a su atractivo sexual, ¿verdad?

Visitante – ¡En absoluto! Bueno, sí, pero... No era eso lo que pretendía insinuar...

Autor – ¿Y qué pretendía insinuar, entonces?

Visitante – ¡Nada en absoluto!

Autor – ¡Sí! Ha dicho «no era eso lo que pretendía insinuar». ¡Por tanto, pretendía insinuar algo!

Visitante – Me he expresado mal, eso es todo.

Autor – Una periodista que se expresa mal... ¡Esto promete!

Visitante – Perdona.

Autor – ¿Entonces por qué me ha hecho esa pregunta?

Visitante – ¿Qué pregunta?

Autor – Me ha preguntado si todavía me pedían muchas entrevistas.

Visitante – No sé... Yo estoy aquí para hacer preguntas... Es lo que se hace en una entrevista, ¿no?

Autor – Preguntas de verdad, sí... No preguntas estúpidas.

Visitante – Querrá decir preguntas de periodista.

Autor – Detesto a los periodistas...

Visitante – Por lo general, la gente famosa odia a los periodistas...

Autor – Sí, vaya usted a saber por qué...

Visitante – Pero es gracias a los periódicos como los desconocidos salen un día del anonimato...

Autor – Es una manera de verlo.

Visitante – Una manera de verlo propia de una periodista.

Autor – Y también son los famosos quienes hacen que se vendan los periódicos.

Visitante – Desde luego. La prensa también tiene que hablar de los famosos... Para que nadie los olvide...

Autor – ¿Ha venido a hablarme de la sociedad del espectáculo o a preguntarme por mi obra?

Visitante – Ya llego, no se preocupe. (*Mirando a su alrededor.*) ¿Puedo sentarme?

Autor – Por supuesto, adelante...

Visitante – Gracias...

Se sienta. Silencio incómodo. El autor se recompone un poco.

Autor – Perdón, creo que hemos empezado con mal pie.

Visitante – No pasa nada, se lo aseguro...

Autor – Es verdad que he perdido la costumbre de ver gente. Me he vuelto un poco huraño...

Visitante – No tiene que disculparse. Me presento así, sin más, en su casa...

Autor – ¿Le apetece algo?

Visitante – Sí... La verdad es que quería hacerle unas preguntas.

Autor – Quería decir algo de beber.

Visitante – Ah, perdone... Pues... No le haría ascos a un café.

Autor – Ya no tengo café. Bueno, café sí tengo, lo que no tengo es cafetera. Se estropeó hace... bastante tiempo. Durante unos meses seguí haciendo café calentando agua en un cazo y usando un pañuelo de papel como filtro. Pero cuando se me acabaron los pañuelos, decidí prescindir del café.

Visitante – No importa, no se moleste.

Autor – Puedo prepararle una infusión, si quiere. ¿Manzanilla? Le advierto que no tengo azúcar.

Visitante – Es muy tentador, pero... Gracias, así estoy bien.

Autor – Bueno... Entonces la escucho...

Visitante – Bien. Mi primera pregunta es... ¿escribe a mano o con ordenador?

El autor se queda un instante perplejo.

Autor – Perdona, pero... no he entendido muy bien. ¿Para qué periódico trabaja exactamente?

Visitante – Bueno... no es exactamente un periódico. Quiero decir, no uno de papel, como el suplemento cultural de El País, por ejemplo.

Autor – ¿El suplemento cultural de El País?

Visitante – Es más bien... una revista digital, como se dice ahora.

Autor – Ya veo, una página web...

Visitante – Digamos una revista en internet. Vivir el Teatro.

Autor – ¿Vivir el Teatro?

Visitante – Así se llama la revista. ¿No le gusta?

Autor – Sí, sí... Suena un poco a revista para jubilados, pero bueno... Al fin y al cabo, ya solo van al teatro los viejos.

Visitante – De acuerdo...

Autor – Vivir el Teatro... Por desgracia, poca gente consigue vivir del teatro hoy en día, ¿sabe?

Visitante – Nuestra publicación trata precisamente de dar visibilidad a los autores contemporáneos. Esta entrevista ayudará a nuestros lectores a conocerlo mejor. Al menos como dramaturgo...

Autor – Entiendo. Y entonces su primera pregunta es... ¿si escribo con bolígrafo o con ordenador?

Visitante – Eso es.

Autor – Una pregunta que seguro quita el sueño a sus lectores.

Visitante – ¿Y bien?

Autor – ¿Y bien? Como imaginará, dada mi avanzada edad, al principio escribía con pluma. Acababan de inventar la imprenta, así que imagínese lo del ordenador.

Visitante – Naturalmente.

Autor – Recuerdo una estilográfica Montblanc que me regaló mi madrina por mi primera comunión. Tenía el plumín chapado en oro. Le tenía mucho cariño.

Visitante – Ya veo. Una especie de objeto transicional.

Autor – Eso es... Un sustituto de la madre, si lo prefiere. Escribir también es una forma de psicoanálisis.

Visitante – Ah, sí...

Autor – Es igual de ineficaz, pero en lugar de gastar dinero, por lo menos siempre cabe la esperanza de ganar algo.

Visitante – Entiendo...

Autor – Ya lo sé... Al verme en este estado, habrá pensado que mi análisis no funcionó demasiado bien...

Visitante – ¡No, qué va!

Autor – ¿Me encuentra usted plenamente realizado?

Visitante – «Plenamente realizado» no es precisamente lo primero que me habría venido a la cabeza, pero... ¿Y después?

Autor – Después se estropeó la estilográfica.

Visitante – Como la cafetera.

Autor – Eso es. Con los derechos de autor de mi primera obra me compré una máquina de escribir, de esas que salen en las películas antiguas en blanco y negro. ¿Ha visto *El crepúsculo de los dioses*?

Visitante – Sí, quizá... Bueno... Hace tiempo, creo...

Autor – Por desgracia, no encontré a ninguna estrella en decadencia que me mantuviera a cambio de escribirle un guion.

Visitante – En todo caso, suena muy novelesco... ¿Conserva la máquina de escribir?

Autor – Acabó estropeándose también.

Visitante – Vaya...

Autor – Entonces me compré una de las primeras máquinas de escribir eléctricas... ¡Fue toda una revolución! Tenía una pantallita, como los ordenadores, pero de dos o tres líneas. Uno podía corregir algo antes de imprimir definitivamente. Así ahorra bastante tinta y papel. La conservé unos años, y después...

Visitante – Se estropeó la máquina eléctrica y se compró un Mac.

Autor – No. Después quien se estropeó fui yo, y contraté a un negro.

Visitante – ¿Un negro? Querrá decir...

Autor – ¿No sabe lo que es un negro?

Visitante – Sí, bueno... Hoy se dice más bien... una persona de color, ¿no?

El autor la mira horrorizado.

Autor – ¡Un negro literario! ¿No conoce la expresión?

Visitante – No...

Autor (*suspirando*) – Supongo que hoy tampoco se puede decir eso.

Visitante – ¿El qué?

Autor – Cuando un escritor se queda sin inspiración, paga a un negro para que escriba los libros por él. Así se decía. Por lo menos en mi época.

Visitante – Ah, ya... Por un momento pensé... Lo de «negro»...

Autor – En fin... Era él quien manejaba el ordenador. Al principio yo le dictaba algunas cosas, naturalmente. Pero enseguida empezó a escribir solo.

Visitante – ¿El ordenador?

Autor – ¡El negro!

Visitante – Ya veo...

Autor – Tenía muchísimo talento, ¿sabe?

Visitante – Entiendo.

Autor – ¿Conoce la frase de Buffon «el estilo es el hombre»?

Visitante – Sí, bueno...

Autor – Pues aquel negro tenía exactamente mi estilo.

Visitante – Ah, sí.

Autor – Era sueco.

Visitante – ¿Quién?

Autor – ¡Mi negro!

Visitante – Ah, perdone...

Autor – Me hace una pregunta y... tengo la impresión de que no le interesa lo que cuento.

Visitante – ¡Sí que me interesa! Muchísimo, pero... ¿Sigue teniendo a ese negro?

Autor – Por desgracia, no. Por eso llevo años sin escribir nada...

Visitante – Quizá volvió a Suecia.

Autor – No. Se murió, sencillamente.

Visitante – ¡Joder!... Perdón. Qué historia tan triste.

Autor – Sí... Le había tomado mucho cariño. Pero ¿qué quiere que le diga? Empezó a creerse un auténtico escritor. Tuve que deshacerme de él.

Visitante – ¿Deshacerse de él?

Autor – Un poquito de arsénico en su manzanilla cada día. Murió como Madame Bovary.

Visitante – Vaya...

Autor – Flaubert decía: «Madame Bovary soy yo». Pues sí, un poco de mí murió con Antonio.

Visitante – ¿Antonio?

Autor – ¡Mi negro sueco! Después de perderlo, nunca volví a encontrar mi estilo.

Visitante – Así que entonces fue cuando dejó de escribir.

Autor – Sí... Me quedé bloqueado con mi obra número 124.

Visitante – Cuánto lo siento.

Autor – Pasé una mala época, la verdad. Para intentar recuperar la inspiración de los comienzos, me compré otra Montblanc con los últimos euros que me quedaban.

Visitante – Pero tampoco bastó...

Autor – Estaba al borde del suicidio... Y ni siquiera tenía dinero para comprar cartuchos.

Visitante – ¿Para el revólver?

Autor – ¡Para la estilográfica!

Visitante – Perdón...

Autor – Me quedaba una jeringuilla de cuando era adicto a la heroína. Cada mañana me sacaba sangre y llenaba la pluma con ella. Me habían encargado una comedia. Pero la tinta roja, ya sabe... inspira pensamientos más bien negros... (*Al ver la cara de estupor de la visitante.*) ¿No está tomando notas?

Visitante – Sí, sí, lo tengo todo preparado... (*Saca una grabadora pequeña.*) Aunque no estoy segura de que deba grabar esto...

Autor – ¿De verdad se ha creído todas las tonterías que acabo de contarle?

La visitante comprende que el otro le ha tomado el pelo.

Visitante – Era una broma, claro. Muy graciosa, por cierto... Un negro sueco... No sabía que también era autor de comedias.

Autor – Por eso me habrán mandado a una cómica para entrevistarme... ¿Sigue sin querer manzanilla?

Visitante – ¿Con arsénico o sin arsénico?

La visitante intenta reírse, con una risa forzada.

Autor (*muy serio*) – ¿Otra pregunta?

Visitante – Sí, yo... Me gustó mucho su primera obra. ¿Escribió alguna más?

Autor – ¿Cómo dice?

Visitante – Quiero decir, escrita por usted, no por su negro sueco. (*Vuelve a reírse de su propia broma.*) Es broma...

Pero el autor sigue sin reírse.

Autor – He escrito 123 obras.

Visitante – ¿123? ¡Vaya! Y... ¿de qué van?

Autor (*indignado*) – ¿Que de qué van? ¿Viene a entrevistarme sobre mi teatro y no ha leído mis obras?

Visitante – No las 123, claro, pero...

Autor – ¿Cuántas ha leído exactamente?

Visitante – Diría que... una... La primera, precisamente... Bueno, las primeras páginas. Me avisaron muy tarde de esta entrevista... Sustituyo a un compañero de Vivir el Teatro que se suicidó ayer.

Autor – ¿Cuántas páginas?

Visitante – Para ser completamente sincera... No pasé de la página cinco.

Autor – ¡La obra empieza en la página seis!

Visitante – En cualquier caso, el título me gustó muchísimo...

Autor – ¿Ah, sí? (*Con ironía.*) ¿Y cómo se llamaba mi primera obra? Ahora mismo no me acuerdo...

Visitante – Yo tampoco recuerdo el nombre, pero sé que me encantó.

Autor – ¿Me enseña su carné de prensa?

Visitante – Eh... Sí... (*Finge buscar en sus bolsillos.*) Es que... No sé si...

Autor – Usted no es periodista...

La otra vacila un momento antes de responder.

Visitante – No.

Autor – Ya veo. ¿Ha venido a robarme? Dicen que pasa mucho. Un ladrón se hace pasar por empleado del gas, por ejemplo, y aprovecha para llevarse el dinero escondido debajo del colchón. Creo que a eso se le llama «robo mediante engaño».

Visitante – ¿Mediante engaño?

Autor – Tiene razón, no encaja... No parece lo bastante lista para robar mediante engaño. Además, no habría elegido hacerse pasar por periodista literaria.

Visitante – En efecto, yo...

Autor – Qué sé yo... Habría resultado más convincente de repartidora de pizzas.

Visitante – Es verdad...

Autor – Y si ha venido aquí buscando dinero... Podemos buscar juntos, si quiere.

Visitante – Soy actriz.

Autor – Si ha venido a buscar un papel, es todavía más tonta de lo que creía. Y le aseguro que ya había puesto el listón bastante alto.

Visitante – Es la primera vez que interpreto a una periodista. Y no he tenido mucho tiempo para preparar el personaje.

Autor – Tampoco debemos descartar la posibilidad de que sea una actriz mediocre. En fin, ¿quién dirige esta mala comedia?

Visitante – Su representante.

Autor – ¿Mi representante? Ni siquiera sabía que todavía tenía uno...

Visitante – Pensó que una entrevista sería una buena manera de levantarle el ánimo, hincharle el ego y devolverlo a la mesa de trabajo.

Autor – Pues es aún más idiota de lo que pensaba.

Visitante – Lo cierto es que ya no escribe... Lleva casi un año esperando su último manuscrito.

Autor – ¿Qué quiere que le diga? Me he quedado sin inspiración. Para un autor, la falta de inspiración es como quedarse en blanco para un actor: nunca se sabe cuándo puede ocurrir ni cómo se va a salir del apuro.

Visitante – Un año... Es mucho tiempo para quedarse en blanco...

Autor – ¡No ha leído siquiera la primera de mis 123 comedias y va a suplicarme que escriba la número 124!

Visitante – A mí, personalmente, me da igual. Pero parece que a su representante sí le importa. Lo suficiente como para pagarme cien euros por representar esta pequeña comedia inofensiva.

Autor – ¿Cien euros? No creía que mi representante siguiera teniéndome en tanta estima.

Una pausa.

Visitante – Bueno, ¿y ahora qué hacemos?

Autor – ¿Cómo que qué hacemos?

Visitante – No soy periodista. Ahora que ya lo sabe, supongo que no querrá continuar con la entrevista.

Autor – ¿Por qué? ¿Tenía más preguntas apasionantes sobre mi obra? No sé... ¿Llevo calzoncillos o bóxers? ¿Prefiero el mar o la montaña? ¿Churros o tostadas? ¿Soy de los que navegan a vela o a motor?

Visitante – Bueno, entiendo que no está dispuesto a colaborar. ¿Qué voy a contarle yo ahora?

Autor – ¿A quién?

Visitante – ¡A Jorge, su representante!

Autor – Ese es su problema. Cuénteles lo que quiera.

Visitante – Es que... Había quedado en pagarme otros cien euros después de la entrevista.

Autor – Ya veo... La mitad al encargar el trabajo y la otra mitad al entregar el resultado. ¡Debe de tener una confianza absoluta en usted!

Visitante (*mostrando la grabadora*) – Tenía que llevarle la cinta.

Autor – No me diga que ahora quiere hacer la entrevista de verdad.

Visitante – Podríamos repartirnos el dinero.

Autor – ¿Repartir? ¿Repartir qué?

Visitante – Cien euros para cada uno.

Autor – ¡Usted está como una cabra!

Visitante – Tengo hambre, eso es todo. Y, por lo que me dijo su representante, usted tampoco está para tirar cohetes. No escribe nada y ya nadie representa sus obras.

Autor – Gracias por recordármelo con tanta delicadeza.

La visitante mira con desprecio la decoración destartada.

Visitante – Qué sé yo... Con ese dinero al menos podría pintar un poco las paredes.

Autor – ¿Por cien euros? Si conoce a un pintor que trabaje por ese precio, aunque sea en negro, deme su teléfono.

Visitante – Con cien euros puede comprar unos botes de pintura y un rodillo.

Autor – ¿Y el rodillo lo pasaría usted?

Visitante – ¿Por qué no? Pero no gratis, claro...

Autor – ¡Si el que no puede más soy yo, entérese! Para escribir una comedia no hace falta ser optimista, de acuerdo, pero hay límites. Hay que seguir creyendo que reírse de los imbéciles todavía puede ayudar a que alguno mejore.

Visitante – ¿Seguro que no se deleita un poco escuchándose?

Autor – ¿Usted cree?

Visitante – Vamos... Escribir obras de teatro tampoco es para morirse... Hay profesiones peores, ¿no?

Autor – Sí, seguramente...

Visitante – ¿Seguramente? ¿Sabe que hay gente que tiene que levantarse cada mañana, tragarse una hora de metro y pasarse el día cobrando en la caja de un supermercado por el salario mínimo?

Autor – Supongo que para evitar semejante calvario decidió usted dedicarse al teatro a domicilio.

Visitante – Acepto lo que me ofrecen... Y mi representante todavía no me ha ofrecido papeles importantes.

Autor – Tiene que ser tan inútil como el mío. ¿Quién es?

Visitante – El mismo que el suyo...

Autor – Ya... (*Una pausa.*) Puede que al final tenga razón usted. Con su coeficiente intelectual de almeja está mucho mejor equipada que yo para sobrevivir en el mundo que nos rodea.

Visitante – Gracias...

Autor – Pienso, luego existo. ¡Qué imbécil, ese Descartes! ¡Y una mierda! Está claro que para seguir existiendo en este mundo de mierda, lo primero que hay que hacer es dejar de pensar.

Visitante – Sí...

Autor – Pero claro, dejar de pensar es como dejar de fumar. Resulta mucho más fácil cuando nunca has empezado.

Visitante – Si lo dice por mí, yo no fumo...

Autor – Ahora que lo pienso... Quizá tenga un trabajito que ofrecerle.

Visitante – ¿Ah, sí? Si está dentro de mis capacidades...

Autor – Visto así, la lista de posibilidades se reduce bastante.

Visitante – ¿Y bien?

Autor – ¿Le gustaría ser mi negro literario?

Visitante – ¿Perdón?

Autor – Por alguna razón que se me escapa, mi representante insiste en que escriba otra obra. Podría escribirla usted por mí.

Visitante – Pero... Yo no soy dramaturga.

Autor – Entre nosotros, tampoco es que sea usted muy actriz.

Visitante – Bueno... Habría que verlo... ¿Y se gana bien la vida de negro?

Autor – Depende de la fama del autor que firma en su lugar.

Visitante – No me anima mucho lo que me cuenta... Usted tampoco era muy famoso que digamos... Y, según su representante, ahora todo el mundo lo ha olvidado.

Autor – Y pensar que le han pagado para levantarme la moral...

Visitante – Solo intento ser realista.

Autor – Bueno, ¿le interesa o no?

Vuelve a sonar el timbre de la puerta.

Visitante – Si espera a alguien, creo que será mejor que me vaya.

Autor – No espero a nadie.

Va a abrir. La visitante empieza a guardar la grabadora y a ponerse el abrigo para marcharse. El autor regresa con un sobre abierto y una hoja en la mano.

Autor – Era un mensajero.

Visitante – Bueno, yo me marchó...

Autor (autoritario) – ¡Usted se queda ahí sentada!

La otra, sorprendida, vuelve a sentarse sin protestar. El autor examina, perplejo, la hoja que tiene en la mano.

Visitante – ¿Qué es? ¿La factura del gas?

Autor – ¿El gas? Me lo cortaron hace mucho. Si no, no sé si seguiría aquí hablando con usted.

Visitante – ¿Entonces?

Autor – Mi representante me manda un contrato de exclusividad para mi próxima obra.

Visitante – ¿Un contrato?

Autor – Quiere que lo firme y se lo devuelva cuanto antes. Todo esto es cada vez más extraño. (Saca un cheque del sobre.) Hasta hay un anticipo...

Visitante – ¿Cuánto?

Autor – Quinientos.

Visitante – ¡Quinientos euros! No se ha portado nada mal.

Autor – No sé, dudo... Desde que usted llegó, me pregunto quién se está burlando de mí en esta historia...

Visitante – En cualquier caso, ahora que ha recibido el anticipo, no tiene elección. Tendrá que escribir la comedia.

Autor – Aún puedo devolver el cheque. No he firmado nada. Supongo que esa falsa entrevista estaba pensada para convencerme.

Visitante – ¿Entonces no va a firmar?

Autor – No me gusta escribir obligado... Aunque esa pila de facturas impagadas me invita a pensármelo. Si quiero suicidarme sin dolor, primero tendría que conseguir que me reconecten el gas.

Visitante – ¿Y mis doscientos euros?

Autor – ¿No habíamos quedado en repartirlos?

Visitante – Ahora que vuelve a ser un autor al que le encargan obras... Sería usted un poco mezquino.

Autor – No tan deprisa. Primero tengo que encontrar un tema para la obra.

Visitante – Yo, por quinientos euros, le aseguro que sería capaz de escribir cualquier cosa.

El autor mira a la visitante.

Autor – ¿Y por doscientos cincuenta?

Visitante – ¿Doscientos cincuenta?

Autor – ¡La mitad de quinientos! Y es verdad: usted tampoco ha rechazado mi propuesta.

Visitante – ¿Qué propuesta?

Autor – La de convertirse en mi negro literario.

Visitante – ¡Pero si estaba bromeando! He dicho que escribiría cualquier cosa. No una obra de teatro. Y mucho menos una obra maestra.

Autor – ¿Cualquier cosa? Eso es justamente lo que necesito de usted.

Visitante – ¿Perdón?

Autor – Yo, modestia aparte, lo único que sé escribir son obras maestras. Escribir cualquier cosa, eso no sé hacerlo. Ese es mi bloqueo, ¿comprende? *(Una pausa.)* Por esa cara de imbécil que pone, parece que no...

Visitante – Bueno, es que...

Autor – Mi representante me adelanta dinero para escribir una obra, pero por desgracia he perdido la inspiración necesaria para hacer algo que valga la pena. ¿Me sigue?

Visitante – Hasta ahí, creo que sí.

Autor – Podría escribir cualquier cosa para quedarme con el cheque, como haría cualquiera de mis colegas. Pero yo no sé escribir cualquier cosa.

Visitante – ¿Y eso por qué?

Autor – Una vieja culpa judeocristiana, supongo... Y ese cabrón de mi representante lo sabe muy bien: soy incapaz de escribir cualquier cosa.

Visitante – ¿Y qué?

Autor – ¡Que usted sí sabe escribir cualquier cosa!

Visitante – ¿Usted cree?

Autor – En eso, entre nosotros, confío plenamente en usted.

Visitante – ¿Y por qué no contratar a un negro que sepa escribir?

Autor – Si pudiera encontrarse uno por doscientos cincuenta euros, habría contratado a alguno hace mucho.

Visitante – Entiendo...

Autor – ¿Entiende? ¿Eso significa que acepta?

Visitante – No... Quiero decir que sí, que entiendo lo que dice...

Autor – ¿Y entonces?

Visitante – Es que... ¿Podré escribir cualquier cosa, de verdad?

Autor – ¿Y qué otra cosa podría escribir?

Visitante – ¡Pero su representante... bueno, el nuestro... se dará cuenta de que es cualquier cosa!

Autor – ¿Mi representante? ¡Él ha montado esta comedia ridícula para obligarme a escribir otra que no me apetece escribir! Pues recibirá una buena dosis de su propia medicina.

Visitante – Digamos que recibirá su obra, y usted, la paga.

Autor – ¿Ve como, si se lo propone, hasta puede ser graciosa? ¿Entonces?

Visitante – Bueno... Al fin y al cabo, ¿qué puedo perder?

Autor – Hacer el ridículo.

Visitante – Tampoco es para morir.

Autor – Si hacer el ridículo matara, créame, usted habría desaparecido de este mundo hace mucho tiempo.

Visitante – De acuerdo... ¿Cuándo empiezo? Espere que lo consulte... (*Hojea una agenda.*) Esta semana imposible... Creo que podría tener un hueco... A partir del lunes que viene, por ejemplo.

El autor le arrebató la agenda y le echó un vistazo.

Autor – Con tantas páginas en blanco, podría escribir directamente la obra en esta agenda. Ah, no, perdón, no lo había visto... Dentro de tres meses tiene cita con el oftalmólogo.

Visitante – Es que tardan muchísimo en darte cita con el oftalmólogo. *(El autor la mira con impaciencia.)* Vale... ¿Cuándo empezamos entonces?

Autor – ¿Por qué no ahora, ya que está aquí?

Suena el teléfono fijo. El autor no hace ademán de moverse.

Visitante – ¿No contesta?

Autor – Seguro que vuelve a ser el banco por mi descubierto.

Visitante – Ya veo... Debemos de tener el mismo banco.

Autor – El Banco Cooperativo.

Visitante – Por lo visto, lo único que nos queda por poner en común son nuestros descubiertos.

Se escucha una voz dejando un mensaje.

Buenos días, habla Gonzalo de Casteljarnac, presidente de la Fundación del Bulevar Beaumarchais. Me complace anunciarle que este año nuestra fundación ha decidido concederle el Gran Premio del Bulevar Beaumarchais por el conjunto de su obra. Le ruego que nos llame cuanto antes para concretar los detalles de la ceremonia.

Visitante – ¿Cree que esto también es una jugarreta de su representante?

Autor *(perplejo)* – No deja de ser una posibilidad...

Visitante – ¿Qué otra cosa podría ser?

Autor – ¿Ni por un segundo se le ocurre que pudieran darme de verdad un premio por toda mi obra?

Visitante – No sé... Como no he leído nada...

Autor – Es una lástima que no sea periodista de verdad. ¡Habría tenido la exclusiva de entrevistar al nuevo ganador del Bulevar Beaumarchais!

Visitante – Pues no me suena de nada...

Autor – ¿No lo conoce? ¡El Premio del Bulevar Beaumarchais es para los autores de comedias lo que el Pulitzer es para los periodistas!

Visitante – Ese tampoco me suena...

Autor – Claro, no es periodista. Entonces... Como un premio de teatro importante para un actor.

Visitante – ¿Quiere decir... algo así como el Nobel de Literatura?

Autor – Bueno, tampoco exageremos.

Visitante – Eso me parecía...

Autor – Digamos que, con una buena cubierta, en una librería podría aumentar bastante las ventas de mi próxima obra.

Visitante – ¿Aunque la obra fuera mala?

Autor – No tendrá mucha cultura, pero sabrá que los libros más vendidos rara vez son obras maestras. Y pocas veces los escriben quienes figuran como autores. La mayoría ni siquiera se ha leído el libro.

Visitante – Solo que, por lo general, quienes firman esos superventas son unos idiotas y quienes los escriben son escritores de verdad.

Autor – Pues en nuestro caso será al revés.

Visitante – No es muy honrado con su representante.

Autor – Creo que no lo ha entendido. Ese estafador se enteró antes que yo de que me concederían el premio y me manda un contrato urgente para quedarse con los derechos exclusivos de mi próxima obra. ¡Y por apenas quinientos euros! Cuando sabe perfectamente que, con esa publicidad, volveré a ser un autor de éxito. ¿Eso le parece honrado?

Visitante – Reconozco que en materia de honradez... no soy ninguna experta.

Autor – Por no hablar de esa ridícula historia de la entrevista para obligarme a volver al trabajo.

Visitante – Visto así, es verdad...

Autor – ¿Va a escribir la obra, sí o no?

Visitante (*tras reflexionar un momento*) – De acuerdo... Pero también quiero los doscientos euros de la entrevista.

Autor – Habíamos quedado en repartirlos.

Visitante – Usted mismo lo ha dicho: ahora es un autor de éxito.

Autor – Vale. Pues al trabajo.

Visitante – Creo que al final sí tomaré una manzanilla...

Autor – Francamente, no se lo aconsejo... La guardaba justo al lado del arsénico... Pero si quiere algo propio de escritores, puedo recomendarle otra cosa. (*Saca una botella de whisky.*) Aquí está la poción mágica para encontrar la inspiración. Por desgracia, yo me caí dentro cuando era pequeño y ya no me hace efecto...

Visitante – Bueno...

Se sirve un vaso, se lo bebe de un trago y hace una mueca.

Visitante (*mirando la etiqueta*) – ¿Whisky sueco? ¿No estará intentando envenenarme también a mí?

Autor – No antes de que termine de escribir la obra. (*Le tiende una estilográfica.*) Le confío solemnemente mi Montblanc. Que la fuerza la acompañe. Ahí tiene papel. Siéntese y escriba.

Visitante (*sentándose*) – Ni siquiera estoy segura de poder llenar un libro entero escribiendo cualquier cosa...

Autor – ¡Solo es una obra de teatro! Con unas cincuenta páginas ya puede dar el pego.

Visitante – ¿Cincuenta páginas?

Autor – Imagínese que está en un examen de bachillerato y tiene que escribir una redacción un poco más larga de lo habitual...

Visitante (*incómoda*) – ¿El bachillerato...?

Autor – No tiene el bachillerato. Tendría que haberlo supuesto.

Visitante – Podría haberlo terminado, pero perdí el tren.

Autor – Pues imagínese que escribe una carta muy larga.

Visitante – Lo mío son más bien los mensajes de móvil...

Autor – ¡Son diálogos! Cambia de línea al final de cada frase y deja una línea en blanco entre ellas. La mitad de una obra teatral está entre líneas, ¿sabe? ¡Es espacio en blanco!

Visitante – Con razón se llama Entrelíneas...

Autor – ¡Exactamente! Escribiremos la obra a cuatro manos. Usted escribe las líneas, yo me ocupo de los espacios entre ellas...

Visitante – Y luego la firma usted entera.

Autor – ¿Acaso cree que Miguel Ángel pintó personalmente todos los cuadros que firmó? También tenía empleados. Él solo daba el último retoque.

Visitante – Pero es que yo no soy escritora.

Autor – ¡Cualquiera puede ser escritor! Sobre todo dramaturgo. Basta con ver que ni siquiera hay una escuela que exija un título. Es una de las pocas profesiones, junto con repartidor de pizzas y psicoanalista, que pueden ejercerse sin estudios. Y lo de repartir pizzas tampoco lo tengo tan claro: hay que saber llevar una moto.

Visitante – De todos modos, lleva trabajo.

Autor – Con un solo cartucho de tinta se escribe una obra de teatro. Para una novela harían falta cuatro o cinco.

Visitante – Bueno...

Autor – ¡Le digo que es una profesión para vagos! Más vago que un dramaturgo solo puede ser un poeta. Esos tipos escriben cinco líneas de tres palabras cada una, dejan toda la página en blanco y todo el mundo los llama genios.

Visitante – La verdad es que casi habría preferido ser el negro literario de un poeta.

Autor – ¡Ah, no! Tampoco sueño. Jamás ha existido un poeta que pudiera pagar a un negro literario, ni siquiera a plazos.

Visitante – Bueno... No sé por dónde empezar...

Autor – El principio es siempre lo más difícil. Sobre todo tratándose de una comedia.

Visitante – Ah, ¿porque tiene que ser una comedia?

Autor – Una comedia de boulevard, sí. Del Boulevard Beaumarchais, por lo menos.

Visitante – Qué raro... La verdad es que no me lo imagino escribiendo comedias.

Autor – Eso fue hace muchos años. ¿Por qué cree que hoy necesito un negro literario?

Visitante – No sé si conseguiré hacer reír.

Autor – No le pido que sea graciosa a propósito. ¡Aproveche su comicidad natural!

Visitante – Eso no me ayuda demasiado.

Autor – No sé... ¿No hay nadie a quien le gustaría matar?

Visitante – ¿Matar?

Autor – ¡Para eso sirve la comedia! La ley le prohíbe cargarse a su suegra, así que escribe una obra para ridiculizarla en un escenario.

Visitante – No estoy casada. ¿Usted tiene suegra?

Autor – Por desgracia, ya no. Mi mujer me dejó. Casi echo de menos hasta a mi suegra. Fíjese lo deprimido que estoy. ¿Cómo voy a escribir una buena comedia así?

Visitante – No sé... Déjeme pensar... ¡Ah, sí! Odiaba a mi hermana.

Autor – ¡Eso está bien!

Visitante – Por desgracia, se ha muerto... Supongo que para una comedia...

Autor – Depende. También hay muertes muy graciosas. ¿Cómo murió su hermana?

Visitante – De cáncer.

Autor – Ah, sí, pero eso... No... Es difícilísimo hacer reír con el cáncer. Sobre todo cuando le pasa a alguien de la familia.

Visitante – ¿Ah, sí? ¡Joder! Qué mala suerte...

Autor – Hay temas que, por alguna razón, se resisten por completo a la comedia. Será por lo de la enfermedad larga. En el teatro, las muertes más graciosas siempre son las más rápidas. Un tipo cuenta que su mujer cayó bajo un tren al volver de la peluquería y ya te entran ganas de reír. Si el mismo cuenta que murió de cáncer de vesícula después de tres años de quimioterapia, no se ríe nadie. Vaya usted a saber por qué. Es así.

Visitante – Bueno...

Autor – Ahora, si quiere intentarlo...

Llaman a la puerta.

Visitante – ¿Espera a alguien más?

Autor – Debe de ser el mensajero. Tenía que volver a recoger el contrato firmado. ¿Me deja la pluma?

Coge el contrato.

Visitante (*preocupada*) – ¿Está seguro?

Autor – No sé por qué, pero creo en usted... (*Firma el contrato y le devuelve la pluma.*) Si se le ocurre una idea mientras atiendo al mensajero, no se corte.

Sale. Suena el móvil de la visitante y esta contesta.

Visitante – Sí... No, sigo con él... Sí, sí, tranquilo, acaba de firmar el contrato... Tengo que colgar... Vale, te llamo luego...

Guarda el teléfono. El autor regresa.

Autor – Bueno... Ahora ya no tenemos elección. Acabo de vender su alma al diablo por quinientos euros. Ni en sus sueños más disparatados habría conseguido un precio mejor.

Visitante – No es muy edificante... Y yo que creía que era usted un escritor comprometido...

Autor – La mayoría de los escritores siguen escribiendo para pagar los impuestos del año anterior con los anticipos de los libros que publicarán el año siguiente. El día que Hacienda se quede con nuestros anticipos antes incluso de que los cobremos, ya verá qué tranquila estará la temporada de novedades literarias.

Visitante – No sé... En mi vida he tenido que pagar el impuesto sobre la renta.

Autor – Qué suerte tiene... Una vez dentro de ese engranaje, ya no hay manera de salir. Bueno, ¿por dónde íbamos?

Visitante – Me temo que no hemos avanzado nada.

Autor – Sí, eso me temía.

Visitante – ¿Y si escribiéramos sobre un autor que ha perdido la inspiración?

Autor – Ya veo... Una chica llama a su puerta y dice que es periodista...

Visitante – ¿Por qué no?

Autor – Teatro dentro del teatro... Me había prometido no caer nunca tan bajo...

Visitante – ¡Ha dicho que podíamos escribir cualquier cosa!

Autor – Bueno... ¿Y cómo terminaría?

Visitante – Eso... Ni siquiera sé cómo podría continuar...

Autor – Le serviré otro whisky...

Hace lo que acaba de anunciar.

Visitante – No sé si debería...

Autor – ¡Venga, beba!

La otra se bebe el vaso de un trago.

Visitante – Me echaría una siestecita. Seguro que las ideas me vendrían con más facilidad mientras duermo.

Autor – ¡Eh! ¡No le pago para dormir!

Visitante – De momento todavía no me ha pagado absolutamente nada... Y, ahora que lo dice, quizá un pequeño anticipo me animaría...

Autor – Aunque quisiera, dudo que el banco me conceda otro descubierto para adelantarle dinero... Además, ¡es usted un desastre como negro literario! Le pido que escriba cualquier cosa y ni siquiera es capaz de eso.

Visitante – ¡También tengo una reputación! No quiero quedar en ridículo publicando cualquier porquería...

Autor – ¡Pero su nombre no aparecerá! ¡Firmaré yo!

Visitante – Tal vez, pero yo sabré quién lo ha escrito de verdad. También tengo mi amor propio.

Autor – Muy bien. Nadie le impide escribir una obra maestra, por supuesto.

Visitante – ¿Y por qué no? Quizá no sea tan idiota como usted cree.

Autor – Adelante. Sorpréndame...

Visitante – Sí... Pero con todas esas copas que me ha servido, me está entrando hambre. ¿No tiene nada para picar?

Autor – La he contratado para trabajar, no para organizar una cena de picoteo.

Visitante – Ya se sabe: con el estómago vacío se piensa peor.

El autor saca un paquete de galletas y se lo ofrece a la visitante.

Autor – Tome, me quedan unas galletas de chocolate.

Visitante – Gracias. (*Se come una.*) Están un poco blandas, ¿eh?

Autor – ¿Quiere que vaya a comprarle unas más frescas?

Visitante – No hace falta... (*Se mete otra galleta en la boca.*) ¡Tengo una idea!

Autor (*sobresaltado*) – ¡Casi me da un susto!

Visitante – Un chico ama a una chica, pero sus familias se odian.

Autor – Romeo y Julieta.

Visitante – Un chico ama a una chica, pero el padre de él mata accidentalmente al padre de ella.

Autor – El Cid.

Visitante – Un chico ama a una chica, pero en realidad es un hombre.

Autor – Con faldas y a lo loco.

Visitante – Anda, esa obra no la conozco.

Autor – Es una película.

Visitante – ¿Seguro?

Autor – Segurísimo.

Visitante – Un chico ama a otro chico, pero en realidad es una chica.

Autor – ¿Víctor o Victoria?

Visitante – Una mujer ama a otra mujer, pero en realidad es un hombre.

Autor – Tootsie.

Visitante – ¡Joder! No imaginaba que fuera tan difícil ser un autor contemporáneo. ¿Ya está todo escrito?

Autor – Todo...

Visitante – Y sobre todo, lo mejor, me imagino...

Autor – Ellos se lo comieron todo y solo nos dejaron las migajas.

Visitante – ¡Cabrones!

Autor – Shakespeare, Corneille... Lo tenían fácil... Antes que ellos no había nada escrito. Las buenas ideas estaban tiradas por el suelo: bastaba con agacharse a recogerlas. Por eso, cualquiera que supiera leer y escribir, cosa poco común entonces, tenía muchas posibilidades de pasar a la posteridad.

Visitante – Es verdad que si hoy quedara sitio para un Molière, ya nos habríamos dado cuenta...

Autor – Por eso ya no me veo escribiendo otra obra maestra y solo le pido que escriba cualquier cosa.

Una pausa.

Visitante – Creo que al final voy a tomar otro whisky.

Bebe con avidez directamente de la botella.

Autor – Bueno, tampoco se pase...

La visitante deja la botella y suelta un suspiro satisfecho.

Visitante – ¡Ya está, lo tengo!

Autor – ¿De verdad?

Visitante – Y esta vez le desafío a decirme que es de Racine o de Feydeau.

Autor – La escucho.

Visitante – Un matrimonio recibe a una amiga que acaba de perder al marido en un accidente de avión y, mientras intentan consolar a la viuda, se enteran de que les ha tocado la lotería.

Autor – ¡Excelente! ¡Bravo!

Visitante – ¿Ve como, cuando quiero, puedo?

Autor – Es el argumento de mi primera obra.

Visitante – Ah, vaya...

Autor – La que usted no ha leído.

Visitante – Los genios pensamos igual...

Autor – Sí, si hubiera nacido antes que yo, quizá la habría escrito. De hecho, es mi mayor éxito...

Visitante – Debí de leer la sinopsis en la cartelera teatral...

Autor – Dejé de escribir el día que empecé a plagiar a mí mismo.

La euforia se desvanece. Una pausa.

Visitante – ¿No quedan más galletas?

Autor – ¡Se las ha zampado todas!

Visitante – Sí, el paquete ya estaba abierto. Prefiero no saber desde cuándo. Espero no acabar con una intoxicación alimentaria...

Autor – Siempre puede cogerse la baja. Pero le advierto que nosotros, los escritores, cuando estamos enfermos y no trabajamos, no cobramos ningún subsidio. Así que imagine los negros literarios...

Visitante – En cualquier caso, sigo teniendo un hambre que me muero.

Autor – ¿Usted no piensa más que en comer?

Visitante – Por lo general, eso lo dicen quienes nunca han pasado hambre de verdad.

Autor – Está bien, iré a ver qué queda en la nevera...

Visitante – Una última cosa...

Autor – ¿Qué más?

Visitante – No me gusta mucho ese término... «negro».

Autor – ¿Ah, no?

Visitante – No. Me parece degradante.

Autor – ¿Degradante? ¿Para quién?

Visitante – ¡Para mí!

Autor – Pues ¿cómo quiere que la llame? ¿Doble de escritor? Los actores famosos contratan dobles para las escenas que no les apetece rodar. ¿Por qué no iba a tener un autor un doble para las escenas que no quiere escribir?

Visitante – No sé... Oficialmente podría ser... su secretaria particular.

Autor – ¿Mi secretaria particular?

Visitante – Si salimos juntos y tiene que presentarme a alguien, no va a decir: «Le presento a mi negro literario».

Autor – Reconozco que... no había contemplado la posibilidad de que saliéramos juntos...

Visitante – En cualquier caso, necesito una tapadera, ¿no?

Autor – ¿Una tapadera?

Visitante – Y ahora que hablamos de tapaderas... Un negro que trabaja en negro... Muy legal no parece. También me vendría bien tener cobertura sanitaria. Y tendré que pensar en mi jubilación...

Autor – ¿No querrá también cheques restaurante?

Visitante – Vale... Entonces, secretaria particular.

Autor – Eso es. Y en cuanto a los cheques restaurante, veré si queda un trozo de queso en la nevera...

Se dispone a salir. Suena el teléfono.

Visitante (*descolgando*) – Secretaría de Carlos Entrelíneas, dígame. (*El autor hace señas de que no quiere hablar.*) Ah, no, lo siento, ahora mismo no puedo pasárselo... ¿Por qué? Pues... porque se ha muerto. Sí, de eso estoy segura. Justo está aquí el

médico forense, y créame, da pena verlo. ¿Ah, sí? No... Sí, sí, claro, es una gran noticia, pero... en ese caso tendrá que ser a título póstumo. Bueno, tengo que dejarlo, que va a comenzar la autopsia... Eso es, hasta luego.

Autor (*estupefacto*) – ¿Quién era?

Visitante – Juan Pablo Tristón, presidente de la Asociación de Escritores Asistidos del Teatro. Al parecer, el ministro de Cultura quiere concederle la Medalla de Caballero de las Artes y las Letras.

Autor – ¿Y le ha dicho que estoy muerto?

Visitante – No quería hablar con él... Ha sido lo primero que se me ha ocurrido.

Autor – Ah, ya...

Visitante – Y hay que ser realistas. Yo no voy a escribir esa obra en mucho tiempo. Y usted tampoco.

Autor – ¿Y qué?

Visitante – Pues si está muerto, su representante jamás se atreverá a reclamarle los quinientos euros que le ha adelantado por una obra que usted no ha escrito.

Autor – Morirme... ¿No es una excusa un poco exagerada para evitar devolver quinientos euros?

Visitante – También tengo otra idea...

Autor – ¿Lo ve? ¡Si quiere, puede!

Visitante – Si está muerto y, encima, le conceden un premio literario y una medalla póstumos, ¡volverá a ser famoso!

Autor – Le había pedido que me sorprendiera, pero reconozco que me ha dejado de piedra...

Visitante – Gracias.

Autor – No pretendía ser precisamente un cumplido. Hay muchas maneras de sorprender a la gente, ¿sabe?

Visitante – ¿Tiene familia?

Autor – Solo tenía a mi mujer. Pero no estoy seguro de que ella todavía me considere de la familia.

Visitante – Así que, en resumen, está solo en la vida. Ni mujer, ni familia, ni amigos... Yo podría ir a recoger el premio y la medalla en su nombre.

Autor – Vamos a ver... Le ofrezco un trabajo de negro literario, usted no es capaz de escribir ni una línea y ahora va a recibir en mi nombre todos los honores que me corresponden. ¿No quiere también el PIN de mi tarjeta de crédito?

Visitante – Me pregunto si no sería lo más prudente. Quiero decir, se supone que está muerto.

Autor – Siempre puedo desmentirlo.

Visitante – Piénselo cinco minutos. Ahora mismo le conviene muchísimo seguir muerto.

Autor – ¿Usted cree?

Visitante – Le apuesto lo que quiera a que mañana saldrá en los periódicos. No en portada, tampoco se haga ilusiones. Pero seguro que de pronto el suplemento literario de El País volverá a acordarse de usted.

Autor – Poder leer mi propia necrológica mientras sigo vivo... La verdad es que resulta tentador.

Visitante – Todo el mundo dirá que era usted un gran autor. Sus libros se venderán como rosquillas... al menos durante un día o dos.

Autor – ¿De verdad?

Visitante – ¡No soy periodista, pero gracias a mi idea saldrá en el periódico!

Autor – Bueno, ¿y ahora qué hacemos?

Visitante – Usted se hace el muerto y yo me quedo con el veinte por ciento de sus derechos de autor.

Autor – ¡Mi representante solo cobraba el diez!

Visitante – Pero con él no vendía ni un libro y nadie montaba sus obras.

Autor – Y pensar que ya casi me había resignado a jubilarme...

Visitante – ¿A jubilarse?

Autor – He decidido ir eliminando poco a poco cualquier motivo de disgusto. Ya no escribo. Hablo lo mínimo posible. No doy mi opinión sobre nada a nadie. Incluso intento, en la medida de lo posible, no tener opinión alguna.

Visitante – ¿Y de verdad cree que podrá hacerlo?

Autor – ¿No tener opiniones?

Visitante – ¡Jubilarse! ¿Seguro que puede permitírselo?

Autor – Según mi banco, esa cuestión parece bastante discutible...

Visitante – Pues yo le propongo algo mejor que jubilarse: ¡estar muerto!

Autor – La verdad es que suena tentador, pero... Igual me tomo cinco minutos para sopesar los pros y los contras.

Suena el teléfono. El autor va a contestar.

Visitante – ¡Está loco! Le recuerdo que ahora es un escritor muerto. ¿Diga? ¿El Banco Cooperativo? No, lo siento, el señor Entrelíneas acaba de fallecer. Sí, se ha suicidado... bebiéndose un litro de desatascador. Eso es, el líquido para desatascar el inodoro... Le ha hecho un agujero enorme en el estómago; ha sido horrible. La sosa es muy cáustica. Es verdad que él también era muy cáustico... ¿Por qué lo hizo? Ya sabe cómo son los artistas... Y usted mejor que nadie sabe que estaba hasta arriba de deudas. Supongo que así ha encontrado la manera de librarse de los acreedores. No, por supuesto, el dinero no es lo más importante... En fin, gracias por llamar... Eso es. Adiós. Claro, transmitiré sus condolencias a la familia...

La visitante cuelga.

Autor (*estupefacto*) – Le cuesta arrancar, pero una vez que empieza no hay quien la pare... ¡Así que ahora me he suicidado!

Visitante – Pensé que, para un escritor, sería más romántico que un infarto o un cáncer de colon.

Autor – ¿Más romántico? ¿Bebiéndome un litro de desatascador?

Visitante – He improvisado... Es lo único que se me ha ocurrido.

Autor – Improvisar... ¡De ahora en adelante le exigiré que se atenga al guion!

Visitante – ¡Pero si no tengo guion! ¡Usted no es capaz de escribir nada!

Autor – Vale... Tampoco hace falta ponerse desagradable... Bueno, así que me he suicidado... Es cierto que últimamente estaba un poco deprimido.

Visitante – ¡Lo ve!

Autor – ¿Y ahora qué? ¿Me organizan un funeral de Estado?

Visitante – Cuando muere un autor, las ventas suben como mínimo un diez por ciento. Si se suicida, podemos llegar al veinte. (*Suena el teléfono.*) Parece que el negocio se anima...

Autor – Desde luego. Hacía años que ese teléfono no sonaba tanto...

La visitante contesta.

Visitante – Secretaría del señor Entrelíneas, dígame. Sí, señora, así es. Le confirmo que su marido ha fallecido esta mañana. Le transmito mi más sentido pésame, también en nombre del Banco Cooperativo. Se disparó un tiro en la sien, eso es. Sí, si lo viera, no estoy segura de que pudiera reconocerlo. Con media cabeza desaparecida... Se lo aseguro, era espantoso... Muy bien, se lo diré... Quiero decir, sí, gracias... Adiós, señora. (*Cuelga.*) Era su mujer.

Autor – ¿Mi mujer? ¿Y qué quería?

Visitante – Por lo visto, rendirle un último homenaje.

Autor – Hace años que no la veo. Y era ella quien me reprochaba que no le rindiera homenaje con suficiente frecuencia...

Visitante – Los muertos siempre son mucho más populares que los vivos. Ya verá: estar muerto solo tiene ventajas.

Autor – Y esta vez le ha dicho que me pegué un tiro en la sien.

Visitante – Intento mejorar, ¿ve? (*Suena el teléfono.*) Como siga esto así tendremos que contratar a una telefonista. Heredera de Carlos Entrelíneas, dígame... Sí, efectivamente, yo tengo los derechos de todas sus obras. Nos habíamos casado unos meses antes de su fallecimiento. Así que soy su heredera directa... Sí... Sí... Sí... Sí, acababa de terminar una obra que los dejará boquiabiertos. En mi opinión es su obra maestra. Completamente inédita, sí. Sí... Sí... Sí... De acuerdo. ¿Me da su número? Estupendo. Estudiaré personalmente su propuesta y le responderé lo antes posible. Eso es, hasta muy pronto.

Autor – Así que ahora estamos casados...

Visitante – Era más sencillo.

Autor – ¿Más sencillo...?

Visitante – Para justificar que yo tengo los derechos de sus obras.

Autor – Desde luego.

Visitante – Y además, como viuda, todo queda en familia.

Autor – Muy bien... ¿Y puedo saber quién era?

Visitante – Un teatro que quiere representar su última obra en Madrid.

Autor – ¿Un teatro? ¿Cuál?

Visitante – Tendría que haber apuntado el nombre, pero usted me interrumpió... Tiene que ver con las normas de tráfico...

Autor – ¿Con las normas de tráfico?

Visitante – Y recuerda a un teatro que da vueltas en círculo...

Autor – ¿El Teatro de la Rotonda?

Visitante – ¡Eso!

Autor – ¡Pero ellos solo representan obras de autores vivos!

Visitante – Su cadáver todavía está caliente. No vamos a ponernos quisquillosos, ¿no?

Autor – Bueno... ¿Y qué piensa hacer ahora?

Visitante – De momento voy a hacerlos esperar un poco. Así creerán que no son los únicos interesados.

Autor – Tendría que haberla contratado a usted como representante...

Visitante – Podríamos organizar una retrospectiva de toda su obra, ¿no?

Autor – ¿Por qué no...? Pero cuando dice mi última obra, se refiere a...

Visitante – La que todavía no ha escrito.

Autor – ¡Pero si estoy muerto!

Visitante – Ya ha oído: les he dicho que tiene una obra inédita.

Autor – Sí... Pero no tengo ninguna...

Visitante – Como en realidad no está muerto, podrá escribirla.

Autor – ¡Pero si ya le he dicho que he perdido la inspiración!

Visitante – ¡Eso era antes!

Autor – ¿Antes?

Visitante – Antes de volver a ser un autor de éxito.

Autor – Querrá decir un autor muerto.

Visitante – También, sí... Ahora que tiene toda la muerte por delante, tendrá tiempo de escribir esa obra. Yo me encargaré del resto.

Autor – Perdona la pregunta, pero... ¿durante cuánto tiempo se supone que voy a estar muerto?

Visitante – Digamos hasta que escriba su obra número 124. Luego ya veremos.

El autor parece un poco desbordado por la situación.

Autor – Bueno... Voy a intentar ponerme a ello...

Visitante – ¿Una manzanilla?

Autor – Creo que volveré al whisky sueco... *(Coge la botella y empieza a marcharse.)* ¿Usted se queda aquí?

Visitante – Alguien tendrá que velar el cadáver y atender el teléfono.

Autor – Bueno, allá voy...

El autor sale. La visitante se pone cómoda, saca el móvil y marca un número.

Visitante – ¿Jorge? Esta vez lo hemos conseguido. Creo que va a escribir su obra número 124... Vale, quizá nos hemos pasado un poco con el Premio del Bulevar Beaumarchais y la Medalla de las Cifras y las Letras... Se llevará un disgusto cuando se entere de que no le han concedido ninguno de los dos, pero bueno... Es por su bien... Y quién sabe, si la nueva obra sale de verdad buena... Sí, tiene razón, siempre que no se muera antes... Por cierto, tengo que contarle una cosa. He tenido que improvisar un poco...

El autor regresa.

Autor – Se acabó el combustible.

Visitante – ¿Perdón?

Autor – Me he quedado sin tinta. El cartucho está vacío. Y a estas horas, encontrar por aquí un recambio de Montblanc...

Visitante – ¿Y la máquina de escribir?

Autor – ¿La máquina? Está como yo: en las últimas...

La visitante saca un bolígrafo del bolsillo y se lo tiende.

Visitante – Tome este mientras tanto.

El autor, decepcionado por no haberse librado tan fácilmente, sale. Ella retoma la conversación telefónica.

Visitante – No va a ser tan fácil... Tendré que vigilarlo sin quitarle ojo de encima, como a la leche puesta al fuego... Así que creo que necesitaré un pequeño suplemento...

Se oye una detonación.

Visitante – Ah... Parece que ha encontrado los cartuchos... Bueno, luego le llamo. *(Cuelga.)* Me parece que al final tendré que escribir yo sola la obra...

El autor vuelve con una botella de champán en la mano. Acaba de hacer saltar el corcho.

Autor – No me queda whisky, pero he encontrado esto en la nevera. Lo reservaba para una gran ocasión. Creo que recibir un premio y una condecoración en el mismo día... ¿Le apetece una copa?

Visitante – ¿Por qué no? Pero prométame que después se pondrá a trabajar.

Autor – No se preocupe. No sé por qué, pero el hecho de estar muerto me ha devuelto de pronto las ganas de vivir.

Visitante – Me alegro... Entonces, ¿ya tiene una idea?

Autor – Siempre es mejor partir de la realidad. Así que qué le vamos a hacer. Teatro dentro del teatro. La historia de un autor que ha perdido la inspiración. Un buen día, una periodista llama a su puerta...

Visitante – Sí, eso me suena... ¿Y ya tiene título?

Autor – ¿Qué tal... «El último cartucho»?

Visitante – ¿Ese título no se ha utilizado ya?

Autor – ¡Pues solo faltaba que además tuviera que inventar un título original!

Visitante – Vale, pues «El último cartucho»...

Autor – ¿Y si se la dicto? Acabariamos antes, ¿no? (*Coloca delante de la visitante una vieja máquina de escribir.*) Mire, he encontrado un rodillo de repuesto...

Visitante – Le escucho...

El autor empieza a dictar, muy inspirado, como si viera la escena.

Autor – Un salón desordenado. Un hombre dormita en un sillón. De pronto, suena el teléfono y lo despierta de su letargo. Descuelga como un sonámbulo. ¡Diga!

Oscuro.

Fin.

El autor

Nacido en 1955 en Auvers-sur-Oise, Jean-Pierre Martinez sube primero a las tablas como baterista en varias bandas de rock, antes de convertirse en semiólogo publicitario. Luego fue guionista de televisión y volvió al escenario como dramaturgo. Escribió un centenar de guiones para la pequeña pantalla y más de cien comedias para el teatro, algunas de las cuales ya son clásicas (*Viernes 13* o *Strip Poker*). Actualmente es uno de los autores contemporáneos más representados en Francia y en los países francófonos. Por otra parte, varias de sus piezas, traducidas al español y al inglés, están regularmente en cartelera en Estados Unidos y América Latina.

Para los aficionados o los profesionales que buscan un texto para montar, Jean-Pierre Martinez ha optado por ofrecer sus piezas como descarga gratuita desde sus sitios web :

<https://jeanpierremartinez.net/>

<https://comediatheque.net/>

Sin embargo, los derechos de representación, que constituyen una remuneración justa por el trabajo del autor, son una obligación legal. Tanto si se trata de una compañía amateur como profesional, debe solicitar autorización para representar la obra y abonar los derechos correspondientes a la producción.

Jean-Pierre Martinez está representado por la Sociedad de Autores y Compositores Dramáticos (SACD).

Para ponerse en contacto con Jean-Pierre Martinez y solicitar autorización para representar una de sus obras, utilice el [formulario de contacto disponible en sus sitios web](#).

Tras comenzar su trayectoria como baterista, Jean-Pierre Martinez ha regresado recientemente a la música, creando canciones originales inspiradas en sus poemas y sus obras de teatro.

Con Jean-Pierre Martinez Music, prolonga ese universo en forma de canciones originales: relatos breves, humorísticos o melancólicos, en los que la canción se convierte a veces en una pequeña escena teatral.

<https://jeanpierremartinezmusic.com/>

Comedias de Jean-Pierre Martinez traducidas en español

Monólogos

Como un pez en el aire
Happy Dogs
Relatos

Comedias para 2

Arrepentimiento
Cara o Cruz
Cuidado frágil
El Batín
El Joker
El Último Cartucho
Ella y Él, Monólogo Interactivo
Encuentro en el andén
EuroStar
La Cuerda
La ventana de enfrente
Los Náufragos del Costa Mucho
Ni siquiera muerto
Nochevieja en la morgue
Preliminares
Réquiem por un Stradivarius
Ruleta rusa en el Kremlin
Un sueño de casa
Una vocación frustrada
Zona de Turbulencias

Comedias para 3

13 y Martes
Cartas sobre la mesa
Cosas del Azar
Crash Zone
Cuidado frágil
El Contrato
Horizontes
Ménage à 3
Plagio
Por debajo de la mesa
Un breve instante de eternidad
Un pequeño asesinato sin consecuencias
Un pequeño paso para una mujer...

Comedias para 4

Amores a Ciegas
Apenas un instante antes del fin del mundo
Cama y Desayuno
Crisis y Castigo
Cuarentena
Cuatro Estrellas
Déjà vu
Denominación de Origen no Controlada
Despedida de casados
Después de nosotros el diluvio
El Contrato
El cuco
El olor del dinero
El yerno ideal
Foto de Familia
Gay friendly
Happy Hour
¿Hay algún autor en la sala?
¿Hay algún crítico en la sala?
La Pecera
Las Pirámides
Los Suegros Ideales
Los Turistas
Nuestros peores amigos
Regreso a la escena
Resaca
Strip Póker
Un Ataúd para Dos
Un esqueleto en el armario
Un Matrimonio de cada dos
Una Noche infernal

Comedias para 5 o 6

Atasco en el Camino del Cementerio
Bien está lo que mal empieza
Patis y Castigo
El Rey de los Idiotas
El Sorteo del Presidente
Érase una vez en la web
Flagrante delirio
Los Náufragos de Nochevieja
Los Rebeldes
Nochebuena en la comisaría
Pronóstico Reservado
Sin flores ni coronas
Un bulevar sin salida

Comedias para 7 o más

A corazón abierto
Bar Manolo
Batas blancas y humor negro
¡Bienvenidos a bordo!
Como una película de Navidad...
Crisis y Castigo
Dedicatoria especial
El pueblo más bonito de Francia
El infierno son los vecinos
El peor pueblo de España
El reverso del escenario
El Sorteo del Presidente
Error de la funeraria a tu favor
Frutas y verduras
Fuera de juego
Jaque Mate
La función no está cancelada
Los Flamencos
Había una vez un barco chiquitito
Milagro en el Convento de Santa María-Juana
Nicotina
Nochebuena en la comisaría
No siempre la música amansas a las fieras
Prehistorias grotescas
Reality Show
Un pueblo tan bonito

Comedias de sainetes (sketches)

A corazón abierto
A ratos
Albán y Eva
Apocalipsis
Asesinos de bromas
Aviso de paso
Breves de confinamiento
Breves de escena
Breves de parque
Breves del Tiempo Perdido
De Animales y Hombres
De verdad y de broma
¡Demasiado es demasiado!
Dramedias
Ella y Él, Monólogo Interactivo
En blanco
Entre Bastidores
Escenas callejeras
Historias insólitas
La Barra
Memorias de una maleta
Muertos de la Risa
Sin Sentido Prohibido
¡Tranquilo!

Todas las obras de Jean-Pierre Martinez pueden descargarse gratuitamente desde sus sitios web:

<https://jeanpierremartinez.net/>

<https://comediatheque.net/>

*Este texto está protegido por las leyes relativas a los derechos de propiedad intelectual.
Toda falsificación es punible con condena de
hasta 300.000 euros y tres años de prisión.*

París - Enero de 2018
© La Comédiathèque - ISBN 978-2-37705-182-3